



1 de enero



He decidido que, a partir de este año, voy a abordar sin tapujos en el diario todos aquellos temas que antes dudaba incluir. Hasta ahora he evitado narrar los detalles de mi vida sexual y mi matrimonio por temor a que mi esposa leyera este diario a escondidas y se enfadara conmigo, pero este año he decidido arriesgarme. Estoy seguro de que sabe en qué cajón de mi despacho guardo este diario. Mi mujer creció en el entorno conservador de una antigua familia de Kioto y, a pesar de los años, aún perdura en ella el poso de una moral tradicional y chapada a la antigua. En ciertas situaciones, tiende a mostrarse orgullosa de esta faceta suya y no parece el tipo de persona que vaya a leer a escondidas el diario de su marido; no obstante, también tengo razones para pensar lo contrario. Si a partir de ahora rompo con mis costumbres y empiezan a aparecer con asiduidad en mi diario entradas relacionadas con la vida matrimonial, ¿será en efecto capaz de vencer la tentación de averiguar los secretos de su marido? Mi mujer



es de carácter sombrío por naturaleza, y tiene la manía de guardarse sus secretos. Finge desconocer cosas que sabe de sobra y siempre es reservada con sus sentimientos, aunque creo que, cuando se trata de algo malo, las mujeres tienden a actuar así en general. A pesar de que siempre escondo la llave del cajón donde guardo el diario y de que procuro cambiar de escondite de vez en cuando, seguro que ella, en su afición por curiosar, ya conoce todos los sitios donde la he escondido en el pasado. De hecho, no sé para qué me tomo tantas molestias; ella podría haber hecho una copia de la llave...

Aunque acabo de escribir que he decidido atreverme a que me lea, si me pongo a pensar en ello, lo cierto es que creo que hace tiempo que dejó de darme miedo. Es más, puede que en el fondo me hubiera hecho a la idea de que lo iba a leer, e incluso que lo deseara. Entonces, ¿para qué le he puesto una cerradura al cajón y he estado escondiendo la llave en todo tipo de lugares? Quizás porque quería satisfacer la afición de mi esposa por el fisgoneo. Además, si dejase de manera intencionada el diario a la vista de mi mujer, podría creer que lo escribo expresamente para que ella lo lea y, entonces, desconfiaría. Es más, puede que piense: «¿Dónde está escondido el otro diario, el verdadero?».

Ikuko, mi querida esposa, no sé si finalmente estarás leyendo este diario. Aunque te lo preguntara, sé de buena tinta que me responderías: «Yo nunca leería a escondidas algo escrito por otra persona», así que no tiene ningún sentido hacerlo. Sin embargo, si lo estás leyendo, quiero que me creas cuando te digo que este diario no es falso en

absoluto y que todo lo que escribo aquí es cierto. Bueno, retiro lo dicho: decirle estas cosas a una persona desconfiada solo acrecentaría sus sospechas. En el caso de que leas mi diario, este demostrará por sí mismo si su contenido es o no falso.

Obviamente, no me limito a escribir solo lo que a Ikuko le pueda agradar. También debo tratar sin reservas algunos temas que quizá la hagan sentirse incómoda o describir defectos suyos que le disguste leer. Si me he animado a escribir sobre este tipo de cuestiones, se debe a que mi esposa es demasiado reservada —incluso cuando intento hablarle de nuestras intimidades, ella actúa como si fuera algo vergonzoso y, si pruebo a contarle alguna historia picante, se tapa los oídos inmediatamente—; todo a causa de la «decencia», de esa «feminidad» tan hipócrita y su afán por ese refinamiento tan artificioso. Ya llevamos veintitantos años casados y, aun con una hija en edad casadera, en cuanto Ikuko entra en el dormitorio, se limita a realizar el acto en silencio. ¿Acaso podemos considerarnos un matrimonio, teniendo en cuenta que mi mujer jamás ha intentado intercambiar conmigo siquiera una palabra dulce o afectuosa? La insatisfacción que me causaba el que no me concediese ni una sola oportunidad para hablar de nuestras intimidades se me hizo insopor- table, y entonces fue cuando pensé en ponerlo por escrito. A partir de ahora, tanto si Ikuko lee este diario en secreto como si no, daré por hecho que así ha sido y escribiré como si me dirigiese a ella de forma indirecta.

Ante todo, amo a mi mujer desde lo más hondo de mi corazón —aunque lo haya expresado por escrito de vez en